

Tomás Guendelman Bedrack (84) tenía 15 años cuando su profesor de matemáticas del Instituto Nacional se enfermó y le pidió reemplazarlo para terminar el semestre. Fue en ese entonces que se le “detonó” la primera chispa de una vocación que lo llevó a enseñar por más de 47 años y a formar a más de 1.700 estudiantes de Ingeniería en la Universidad de Chile, donde él también estudió y hoy es uno de sus consejeros.

“Yo nací para formar. Es algo muy importante para mí”, comenta Guendelman, considerado el padre de la ingeniería estructural chilena moderna. En 2015, recibió el Premio Nacional de Ingeniería, a partir de una de sus mayores contribuciones: unir las tecnologías de la información con los terremotos (cursaba quinto año de la carrera para el megasismo de 1960, otro detonante en su vida), lo que transformó la forma de diseñar los edificios en Chile. Además de publicar libros, numerosas columnas e investigaciones, tareas que sigue desarrollando, ha aportado en el análisis sísmico de más de diez mil edificios de altura del país. “Lo paso bien. Para mí, mi trabajo no es trabajo, porque estoy disfrutándolo”, dice.

—¿Cómo vive su vejez?

“Muy bien, porque he aprendido a tolerar que en la vida siempre pasan cosas. No dejo de prestarles atención a las dolencias, pero no me afligen tanto. Enrique Tiraepgui tenía detrás de su cama un letrero gigante que decía, ‘ahora mismo’. Ese es mi lema”.

—¿Cómo se vive el ‘ahora mismo’?

“Me viene a la mente un libro que empecé a escribir hace mucho tiempo y que nunca lo voy a imprimir, porque pretendo seguir escribiéndolo toda mi vida. Quiero dejar ese legado. Hay una hipótesis que dice que el hombre muere cuando el último que alguna vez lo conoció muere. Quiero que lo que hago deje constancias. No tengo la menor idea si alguien lo leerá, pero si alguien lo hace en 100 años más, volveré a vivir. Más que vivir, es importante que alguien sepa que viviste”.

—¿Cómo ha sido su vida?

“Casi todas las cosas que me han ocurrido han tenido un detonante. Yo terminé mi carrera muy joven. Me titulé de 22 años y entré a trabajar al Ministerio de Obras Públicas. Me casé a los 23 años y tuvimos un primer hijo (Abraham), que falleció a los 5 minutos de haber nacido. Fue un dolor enorme. Después de eso, Patricio Meller me dice, ‘¿vámonos a estudiar a Estados Unidos?’. Eso me cambió la vida, porque escribí este libro (“Análisis estático y dinámico de estructuras”), con el cual hice clases durante toda mi vida”.

“Viniste para quedarte, pero te fuiste. Llegaste para aprender, pero enseñaste. No pudimos tenerte, pero tú estás. En 5 minutos puse la primera letra de este libro. Hiciste que 5 minutos fueran toda una vida. Aquí está tu obra”, se lee en la primera página del libro.

—¿Ese dolor lo empujó a tomar una decisión que cambió su vida?

“Que me cambió totalmente la vida. Yo estaba trabajando en el Ministerio de Obras Públicas en un cargo bien secundario”.

—¿Todo pasa por algo?

“Eso es parte del misterio”.

—¿Este ejercicio de escribir su vida ha contribuido a su bienestar?

“Diría que mucho. Pero también tiene un componente negativo, porque no puedo negar que se me están olvidando cosas y lucho denodadamente por tratar de recordarlas”.

Conexión generacional

“A la juventud le recomendaría que no ignore a sus abuelos o a las personas mayores. Hay mucho conocimiento que han adquirido por el solo hecho de haber vivido. Abuelos, regálenle un ajedrez a sus nietos chicos y van a ver cómo es posible encontrar una forma de conectar”, dice Tomás Guendelman en uno de los tantos videos que grabó en pandemia para el canal de YouTube del Estadio Israelita. Su reflexión la realizó a partir de una encuesta que le hizo una de sus nietas sobre el vínculo entre los jóvenes y los adultos mayores.

—¿Cómo es la relación con sus nietos?

“Tengo ocho nietos y siempre digo algo que escuché por ahí, no es que lo haya inventado yo, pero que explica por qué los abuelos son tan amigos de los nietos. Es porque tienen un enemigo común (rié)”.

—¿Es un mito que existe un distanciamiento entre los jóvenes y los mayores?

“No es un mito, es una realidad. La trayectoria de vida es curva, o sea, es muy difícil que los adultos mayores vean a los más chicos o a la inversa. Eso explicaría, de una manera metafórica, por qué existe este distanciamiento de apreciaciones”.

—¿Ha experimentado esa brecha?

“De pronto, en ambientes más jóvenes, cuando no tengo espacios para decir lo que quiero, no me dan pelota. Y me ocurre en el núcleo familiar inmediato. Cuando ellos están conversando sus cosas y yo quiero opinar, es más difícil de acceder. Salvo que diga algo muy contundente. Cuando llego con alguna noticia que leo en el diario, o no les interesa o



“Poder disfrutar de cuestiones a las cuales les daba poco tiempo en mi vida”, dice el ingeniero sobre las ventajas de la vejez.

Premio Nacional de Ingeniería y Medalla de Oro del Colegio de Ingenieros:

Tomás Guendelman: “Más que vivir, es importante que alguien sepa que viviste”

Fue pionero en unir las tecnologías de la información con los terremotos y hoy está enfocado en el traspaso de su “legado” a través de dos libros. “A la juventud le recomendaría que no ignore a las personas mayores”, dice el ingeniero.

María Florencia Polanco



Con Patricio Meller en 1964, en Berkeley, donde estudiaron juntos.



En 2020, celebrando sus 80 años con sus ocho nietos y nietas.



Tomas Guendelman y Perla Katanella se conocieron en la playa y llevan 61 años casados.



El matrimonio Guendelman Katanella con sus hijos y sus cónyuges. Para celebrar las ocho décadas de Tomás, toda la familia le escribió una canción.

ya la sabían. Esas son las cosas que no me agradan del envejecimiento".

—¿Cómo se podría acortar esa brecha?
 "El adulto tiene que descubrir, entre sus experiencias personales, cuáles fueron aquellas que cuando era joven lo estimularon y tratar de recrearlas. Cuando puedes forjarte tu camino en la vida estás aprendiendo, estás creciendo y estás disfrutando. Pero si todo lo que haces te lo van a dar por instrucciones de los mayores, te arruinan la existencia".

—¿Qué sí le agrada del envejecimiento?
 "Poder disfrutar profundamente de cuestiones a las cuales les daba poco tiempo en mi vida, como sentarme a leer sin pensar en el tiempo, jugar con el piano y escribir, que ha sido una excelente compañera de vida. ¿Sabes cómo me llaman? El primer ingeniero humanista, porque soy muy estructurado, pero al mismo tiempo gozo leyendo y escribiendo".

Amor sereno

Perla Katanella, su esposa hace 61 años, lo escucha atentamente durante la conversación y a ratos interviene para contar anécdotas, como el día en que se conocieron veraneando en El Quisco, en el año 59.

"Le dije una frase que la clavó", dice Guendelman.

"Me miraste y me dijiste, 'te vas a enamorar de mí'. Pero después me pateaste por inmadura", agrega Perla.
 Y el diálogo continúa:
 —"Eras muy niña, tenías 15 años".
 —"Estaba a cuatro días de cumplir mis 16. Olvídate cómo lloré".

—¿Cómo fue el reencuentro después?
 "Fue un año después", cuenta él.
 "Un año y un mes. Me dejó madurar", replica ella. "Ese también fue un detonante. Iba camino a la universidad, yo estaba titulándome, cuando la vi esperando micro en una esquina en Irarrázaval. La vi y algo me hizo clic. Así que volvimos", precisa Guendelman, mientras su señora replica:
 —"Pero tú nunca me has contado algo, y quizás ahora es el momento".
 —"Estás desviando la entrevista".
 —"¿Por qué me tenías tantos poemas?
 ¿Cuándo los escribiste?".
 —"No me acuerdo. Es parte del misterio".
 —¿Cuán importante ha sido el amor de pareja en esta etapa de la vida?

"Muy importante. Pero es un amor diferente. Retienes los mismos afectos de antes, pero son más maduros. Es una relación más serena. Lo cual no quiere decir que uno no tenga rosca y peleas, porque eso forma parte del *reason why*. Es como no cometer errores, claro que hay que evitarlos, pero son los errores los que te hacen aprender. En cualquier relación tiene que haber luces y sombras o no funciona".

Otro de los proyectos en los que está embarcado Tomás es en el legado que dejará a sus colegas ingenieros. "Estoy escribiendo el

libro 'Modelos de Control en Ingeniería Estructural'. A mi trabajo anterior lo describí como un 'perfil bioquímico', y este será una biopsia estructural' que pretende detectar a partir de una pequeña muestra representativa de la estructura, sus fuentes de vulnerabilidad y encontrar opciones de recuperación —reparación o refuerzo— que la dejen en condiciones operativas", explica el ingeniero y expresidente del Instituto de Ingenieros, organización que le otorgó la Medalla de Oro por su contribución.

—Usted fue pionero en unir las tecnologías de la información con los terremotos, ¿qué opina de la inteligencia artificial?

"La veo con mucho recelo. No puedo desconocer los beneficios que tiene, pero tampoco los riesgos. Es de doble filo".

—Una pregunta común es si se podrá llegar a pronosticar un terremoto.

"Técnicamente, el pronóstico de un terremoto puede ser factible un minuto antes".

—¿De qué serviría eso?

"Para nada. Al revés. En China hicieron un pozo con agua, con un reactivo que se activaba al detectar movimientos que se iban a traducir eventualmente en un terremoto. Pero alguien planteó que no se ejecutara, porque los daños materiales y humanos que produciría un terremoto serían mucho más pequeños que los que se producirían por accidentes de tránsito de la gente que escapa de sus casas desesperada".

—¿Qué temas le preocupan hoy?
 "Lo que yo creo no necesariamente va a ocurrir, pero pienso que el ser humano como tal tiene poco tiempo más por delante. Hay un artículo que escribió Jorge Melnick que se llama 'La última bifurcación'. Y el análisis que hace es que la tecnología nos va a llevar a un punto de no retorno. Yo creo que eso es un drama. Ahora, si el hombre fuera infinito sería muy aburrido. En cierta forma, el hecho de que uno es finito te hace tener un propósito; si no, nada tendría sentido".



Andrés Silva, Fernando Agüero, Lorenzo Constans y Guendelman en la Asociación de Ingenieros Civiles Estructurales (AIICE).



RECONOCIMIENTO ANUAL A PERSONAS 75+ QUE IMPACTAN EN LA SOCIEDAD